

# LA FORMA DEL AFECTO

LISANDRO RODRÍGUEZ

*Nota:*

*Ni los movimientos ni las palabras son definitivos. Este material no tiene un valor literario, mucho menos dramático. En todos los casos, serán apuntes para no perdernos tanto, una excusa para encontrarnos de manera presencial y ver qué nos pasa.*

*Cámara gesell.*

*Un joven y NN.*

*Sobre el vidrio:*

*Buenos días.*

*Pueden comenzar.*

*NN camina hacia la silla. Se tropieza. Caer. Se vuelve a levantar. Se vuelve a caer. Saca una botella de su cartera. Toma. Mira alrededor. Se levanta. Se asoma por el vidrio, hace visera con la mano. Balbucea algo. Se vuelve a caer. Se cae la botella. Se rompe. Estallan los vidrios. NN se corta. Sangra. Se limpia con el buzo la frente. Se corta la cara. Saca otra botella de la cartera. Va hacia la silla. Se sienta. Se cae de costado. Toca todo lo que puede. Deja marcas de sangre en el piso, en la mesa, en el vaso sobre la mesa, en la silla, en la azucarera. Balbucea algo imperceptible. Se incorpora. Se sienta en la silla. Llorar. Se seca las lágrimas. Llorar. Se vuelve a secar las lágrimas. Toma. Saca una pila de portarretratos de una bolsa que lleva colgada en su mano. Los coloca en el espacio. Los mira. Cambia una foto por otra. Toma. Vuelve a tomar. Se hace pis encima. Se cae. Se golpea la frente. Sangra la frente. Un agujero en la frente. Se pone azúcar en la frente. Se tapa el agujero de la frente con azúcar. Se levanta. Recorre el lugar. Acomoda un portarretrato. Saca otra botella de la cartera y la revienta contra el vidrio. Caer el líquido y lo mira. Se sienta y toma. El joven se levanta de la silla y comienza a acomodar el espacio. Limpia todo. Limpia a NN. NN se deja limpiar. Le cambia la ropa. NN se deja cambiar la ropa. El joven le da agua a NN. El joven toma de la mano a NN y se sienta a su lado.*

NN: No sé qué pasa. Puede empeorar. Las internaciones, las ambulancias, las operaciones. No sé si dos o más te diría. No me acuerdo. Y ahora con el tratamiento que parece dar los resultados esperados, pero que nunca se sabe. Es para siempre. No se puede cortar de un día para el otro. Si deja de funcionar no sé si hay otra cosa que se puede hacer. Yo tengo la suerte de tener atención privada. De todos modos, me encontré un montón de veces con situaciones que no me la hicieron fácil. Mi privada no tiene convenios para lo mío. Y gracias a un amigo que intercedió pude avanzar algo, pero después me tuve que cambiar. Me llevaron de un lado al otro. Es todo muy caro. No se puede elegir. No debería ser así. Hay que poder elegir y que la privada te cubra. En mi caso la privada sabía que año tras año yo me hacía todos los estudios. No fue negligencia. Me enteré de lo que tenía y dos meses antes ya me había hecho la extracción de células y me había dado todo bien. Entonces no fue negligencia. Entonces no fue que me contagié de un mosquito porque no me puse repelente o porque dejé un tacho con agua en el jardín de mi casa o porque no le pase alcohol a los tomates. Es muy difícil que te digan, estás enferma. Y las privadas te lo dicen así de fácil y después te lo hacen difícil. Y yo que siempre confío mucho. Soy de confiar, por naturaleza. Pero yo no quiero ni pensar en las personas que no tienen donde atenderse, o sin cama, o que no conocen a nadie. ¿Qué pasa con los que no tienen contactos estrechos en la privacidad? Borges, una vez me dijo: yo hago lo que hago porque es una necesidad mía y si no, no lo hago. Te estoy hablando de Borges. No sé si me entendés. Pero la necesidad del tipo era escribir, armar relatos, laberintos, no sé; el tipo no tenía que curarse, porque no estaba enfermo. Está bien que se estaba quedando ciego, pero yo te hablo de otra cosa. Estar ciego es estar ciego, es una ceguera por los motivos que sean, pero esto es otra cosa. La cosa es no saber. No saber te mata. A mí no me lo cuentan porque yo estuve sentada al lado del tipo. ¿Mirá lo que es esta foto? Veintitrés años tenía ahí. Ese año fue el año en que lo raje a mi papá porque... no, preferiría no hablar de eso. Yo ando con la foto de Borges porque si no la gente no te cree. Encima tenés que luchar contra la incredulidad de las personas que te rodean. Es insoportable creer tanto y que a una no le crean. Yo no lucho más por eso. Yo te muestro la foto. Te pongo la prueba sobre la mesa. Que te digan que tenés que tomar consciencia de que te podés morir. Pensas que sos sana y de golpe sos una enferma. Te ponen un cartel como si fueras una casa en venta. De todos modos, yo soy muy positiva. Empecé a pensar y a averiguar qué hacer para curarme. Para seguir viviendo. Pero curar curar, no te curas más. Podes mejorar pero una vez que te pusieron el cartel, ahí te queda, impregnado. La supervivencia te da energía. Es una lucha. Hablemos de violencia. Yo nunca pensé en la muerte. Siempre pensé que sería una vieja como cualquiera. Me ayudó muchísimo creer en Dios, porque vos necesitas algo de dónde agarrarte. En mi caso es Dios. Pedir que me ayude, que me de fuerza. Una de las cosas que más me ayudaba en ese momento era pensar: es terrible lo que me está pasando, pero gracias a Dios me está pasando a mí y no a mis hijos. No sé porque te estoy contando todo esto. No hubiera soportado que les haya pasado esto a ellos. Yo me la voy a bancar, pensás en ese momento. Después son momentos de no dar más, que son demasiado, pero bueno. Tengo mala memoria. Hay veces que trato de acordarme de cosas, pero me las olvido. No retengo bien. El hospital es una cárcel. Odio la comida del hospital. Vuelvo al hospital y me siento un tiburón pero como invertido. No sé si me entendés. Todo ese olor a sangre. Desarrollé un olfato especial. Me agarran náuseas. Ganas de escapar. Mis hijos y mi marido, no me creen, dicen que exagero. Ellos son varones, por eso me lo dicen. Para mortificarme. Para mí es todo horrible. Se comen la comida. Se chupan los dedos. Y mientras comen yo los miro y a pesar de todo ese olor a sangre sigo pensando en el futuro con ellos, volver a trabajar. Soy actriz. Quiero hacer una película. Un papel

chiquito nada muy grande. Soy actriz, además de enferma. Y sueño. Sueño con ver a mis nietos. Además, ahora que tengo consciencia de la muerte me siento en ventaja en el sentido de la experiencia, y además ya pienso que voy a vivir muchos años más. Ya se me pasó ese miedo inicial. El miedo muta también, toma otras formas. Hay que hacer base. Siempre pienso en la base. Primero me dijeron que había un tratamiento básico. Descargas y sustancias químicas, nada más que eso. Pero de base no hay nada ahí. La cosa era así: son dos meses de descargas y cuatro de aplicaciones con sustancias químicas, me dicen. Al primer lunes después de las sustancias químicas ya no pude fumar más. Fatal. Imaginate. Yo si no fumo no puedo ir al baño, ¿entendés? Eso también es complicadísimo. Y después de las descargas, terapia interna. ¿Sabés lo que es eso? Imaginate. Te entran por la vagina y desde ahí arrancan. Y lo hacen porque nosotras tenemos un túnel y ahí te hacen lo que quieren, está habilitado y yo confío; y porque siempre se pudo trabajar en esa zona y nadie dice nada. ¿Quién los detiene? Años haciéndome los estudios, ¿para qué? Se van para adentro y se pierden, no sé si me explico. Vos estas muerta, entregada, inconsciente, solo confiando. Hay un 85 por ciento de probabilidades de éxito y un 15 de fracaso. Al mes me hicieron una tomografía y no había dado resultado. Soy del equipo del 15 por ciento. O sea, fracasé. No se puede generalizar tampoco. No somos un número. No somos un porcentaje. No nos pueden separar en grupos como si fuéramos vacas. Y de mientras ahí atrás, en la vidriera, te comes un sandwich de miga con Coca Cola. Somos sujetos. Hola. Pensamos. Nos pasan cosas. Vos me preguntas que tiene esta botella y yo no sé lo que tiene. La tomo. Lo tomo porque creo tener ganas, deseo. Porque me la pusiste adelante y yo voy y la tomo. Confío en que no me vas a matar con lo que me pones adelante. Y si me matás. ¿De quién es la responsabilidad? ¿La tomo porque tenía la necesidad de tomarla o porque me la pusiste adelante de mis ojos? Qué importa. Y si quiero leo la etiqueta y puedo saber más o menos lo que tiene. Y si quiero no la leo y vos por eso no me vas a venir a estudiar como si fuera un fenómeno. Hace lo que quieras igual. No me importa. ¿Qué tienen las descargas electromagnéticas, con que productos te lavan, y las vacunas, las sustancias químicas, los guantes con los se te meten hasta el fondo, dónde está ahí el etiquetado frontal, hijo de puta? Me cago en tus buenos modales. Me cago en los modales de esta caja registradora. Nadie te dice nada. ¿Tenés miedo? ¿Te pensás que yo no tengo miedo? Me hice actriz por miedo. Para darle una forma, pero los personajes me hundieron. Ponerme pelucas, hacer voces, inventar peleas. No me interesa todo eso. Yo no tengo bronca por suerte, no entiendo eso de vivir del resentimiento. Todo esto es de verdad, es cierto, es siniestro. No puedo inventar una historia. Tengo la mía. Es suficiente. Me quedo con el noticiero. Es menos pedante. La cuestión es que después de todo esto que te conté, me recomiendan la extirpación total, que es cuando te vacían, o sea, te sacan todo. En noviembre me la hicieron. Ahí pensé, ¿por qué no me matas, hijo de puta? Pero no se lo dije porque yo confío en los médicos. A los cinco días me dan el alta. A los tres días de estar en mi casa, me da una infección y empiezo a estar mal de nuevo. Fijate: fiebre. Fiebre. Mucha fiebre y vómitos, mareos, y diarrea y náuseas y fiebre. Fiebre constante. No muy alta, pero constante. Estuve mal. Mal pero muy mal. Me caía. Estaba parada y me caía. Estaba en la cocina calentando agua y me caía. Estaba en la silla leyendo el diario y me caía. Para un costado como si estuviera dormida. Estar enferma es como en una cueva. Una especie de submarino. Estar pendiente de algo invisible. No se puede tocar. No puedo hablarle. Si pudiera mirarlo a la cara, decirle algo. Es un mal sueño. Acá estoy despierta. O sea. No me responde el equilibrio, pero estoy. Yo debería ser bailarina. La bailarina sabe luchar contra la gravedad, le hace frente a ese conflicto ahí mismo, en el presente. No arma ficción. Es el conflicto hecho y derecho. La lucha perfecta. Le pelea más digna. Yo

no tengo esas herramientas. Me quedo corta. Me caigo de la cama, me caigo del dolor. Pero un dolor que es como, no sé cómo explicarlo. Como si te estrangularan el estómago con una tanza de pescador. Estaba tan mal que no podía ni hablar de tanto dolor. Ahora hablo. Hablo todo lo que puedo. No tengo mucho tiempo, pienso. Es el tiempo que me dieron. Soy un resto. No está bien pensarse como resto. Tampoco está bien hacerse la tonta. Me llevaron de vuelta al hospital. Ahí estuve un mes. En ese mes... Eso casi no me lo acuerdo, pero me hicieron de todo. Me hicieron lavados, yo sentía que no paraban de meterme y sacarme cosas. Porque el cuerpo está lleno de cosas. Una cree que no pero hay de todo adentro del cuerpo. Y la capacidad que tiene el cuerpo para recibir; con los brazos abiertos te recibe el cuerpo. Porque el cuerpo también confía. Le metemos cualquier cosa al cuerpo. De todo me hicieron. Una masacre. Pasé la Navidad en el hospital y me dieron el alta un 30 de diciembre. Los médicos me trajeron de regalo una Santa Rita blanca en una maceta. Con una caña en el medio que le hacía de tutor. Siempre me gustó eso del tutor en las plantas. Yo no tuve tutor. Preciosa la planta. Me quedaba medio hipnotizada mirándola. En el hospital hay que sobrevivir con la ilusión de reencontrarse con el sol. Por eso lo de la cárcel que decía. Parecía un centro de mesa gigante esa planta. Preciosa. Fina, como a mí me gusta. Como sacada de esos jardines donde los novios se hacen las fotos de casamiento. Cuando me dieron el alta, llegué a mi casa, y la planté en una esquina del jardín. A media sombra. Vos sabes que a los dos días se le caen todas las flores. Se había afiebrado, la raíz, cuando la trasplanté. Una bronca. Parece que es una planta muy jodida y muy frágil. Yo no sabía. Pensé que era un bicho que se le había metido. Esos pulgones que le dicen. Me enteré después de lo de la enfermedad. Resulta que al lado mío, en la internación que tuve, a los meses cayó un tipo que tenía vivero y me contó. Que le agarra fiebre a la raíz. Son muy putas esas flores, me decía, hay que tener cuidado. Re putas, le repetía yo. Como afirmando lo que el tipo decía. Yo maté de fiebre a la Santa Rita, ¿entendés? Yo también soy re puta como la planta. Eso pensaba mientras me hablaba el señor del vivero. Pesaba 45 kilos. Que tonta. No puedo creer que esto me haga llorar. ¿Será que esto no lo pienso nunca? Gracias. De a poco me empecé a sentir mejor, a recuperarme de todo esto, entonces me hicieron un estudio. Dio mal de nuevo. La enfermedad estaba ahí. No se había ido. En la casa de mi papá comíamos en silencio. Teníamos techo de madera. Había un grillo topo que se la estaba comiendo. Los tirantes se comía. Y el chiste era descubrirlo, intentar escucharlo. Era apenas audible. Nunca lo vimos al bicho. Van comiendo la madera hasta que ya no le queda fuerza y se quiebra. Se ahueca. Queda frágil. La tuvimos que cambiar para que no se caiga el techo. A veces lo escuchábamos más nítido, pero nunca dimos con él. No le vimos la cara. Esa presencia marcó mi infancia. A mí me quedaban células todavía. Me dijeron que descanse un poco, que en marzo tenía que empezar de nuevo con las sustancias químicas. Me sentía muy mal. Yo nunca me quise morir. Soy positiva. Siempre pienso que todo va a ser para mejor. Confío mucho en los médicos. Confío mucho en las personas. No sé si eso es bueno. Me entrego como si nada. Entrego tanto que a veces que me agarra fiebre de tanta entrega. Las sustancias químicas son tremendas. A mí no se me cae el techo. Se me cayeron las pestañas, las cejas. La dignidad. Ando con vergüenza. Por eso me encierro. Soy como los animales. Mi marido me atendía el teléfono porque yo tenía vergüenza de hablar. No sé por qué hablo. Un día me estaba bañando y me quedé con un mechón de pelos en la mano. Yo odio las pelucas, pero ya había averiguado. Ese mismo día, salí de la ducha y me fui al negocio. Le pedí a la chica que me pase la maquineta. Me miré al espejo y se me vino un juego que hacíamos con mi papá y pensé... no, preferiría no hablar del tema. Ese día me fui con la peluca puesta. Todo el mundo me decía que me quedaba bien. ¿Qué me iban a decir? Yo sabía

que me quedaba horrible. La usaba porque no me quedaba otra. Cuando terminé con las sustancias químicas y el pelo me creció un poquito ya dejé de usarla. En casa usaba gorros de lana y eso. No quería que mi marido me viera así. Después me acostumbré. Antes de todo esto lo amaba. Imaginate ahora. Él no decía nada, no le importaba. Al principio me ponía pañuelo para dormir. Terminé con las sustancias y al mes me hicieron una tomografía y resulta que todos los químicos que me habían metido en el cuerpo tampoco habían dado resultado. Ahí la doctora me habló de la terapia defensiva, y fue la primera vez que le pregunté: ¿vale la pena? Ah, bueno, me saltee una parte. No sé si es interesante que cuente todo esto. En la internación esa larga que te dije, en uno de esas limpiezas que me hicieron, me perforaron... Esa operación fue en el 2018 y en el 2019 intentaron arreglarme, pero no pudieron, así que me tuvieron que... no, no quiero hablar de eso. Ahí es cuando apareció el señor del vivero y me dijo lo de la fiebre de la Santa Rita. En la mitad de la operación salieron a decirle a mi marido y a mis hijos que no me podían arreglar lo que habían hecho y que me iban a tener que seguir abriendo. La operación duró horas. En un momento salieron a decirle que no, que estaba imposible la cosa, que me tenían que hacer esto de... perdón.

El mayor, creo, le dijo al médico: “No, doctor, ella no puede soportar eso que dice que le van a hacer”. Entonces el médico le preguntó a los otros dos, como buscando cierta complicidad o apoyo: “¿Ustedes qué quieren hacer con su mamá?” Lo que sea pero no la mate, le dijo el más chico. Cuando me desperté, lo miré al médico. Yo lo amaba mucho a ese médico. ¿Qué me hicieron, doctor? Pensé que no iba a poder soportarlo,... pero aquí estoy. Yo confío mucho en las personas. Las mujeres nos acostumbramos a todo. Después empecé con la terapia defensiva. Yo me imaginaba una especie de equipo de fútbol con muy pocos recursos, pero defendiendo el resultado a morir. A mí no me gusta el fútbol, pero en casa son muy futboleros y con el tiempo fui aprendiendo conceptos. Me imaginaba a todos los jugadores ocupando todo el arco sin dejar ni un espacio libre para que entre la pelota. Algo así me imaginaba o como si lo soñara despierta. No sé. Por ahora estoy mejor. La diferencia entre la terapia defensiva y la terapia de sustancias químicas es que la defensiva fortalece las células buenas para que luchan contra las malas mientras que la otra, la de las sustancias químicas, arrasa con todo, se lleva puesto lo que venga. No entiendo por qué no hicieron eso antes. Por ejemplo, en Australia, una ráfaga de viento levantó un castillo inflable y murieron cinco niños. En Italia, ofrecen trabajo por seis mil euros mensuales.

En Rosario, un policía molió a palos a un señor por estacionar mal su camioneta.

En Belgrano, una mujer le dijo “negra de mierda, no me toques” a otra mujer policía.

Todo eso en el mismo día.

No sé cuánto sale todo esto, pero sale muchísimo. La primera operación tuve que pagarle y era una fortuna. No me acuerdo exacto, pero como si te dijera el precio de dos autos cero kilómetros. Bueno, esa operación, el inicio de todo esto, no funcionó.

En Punta del Este, un hombre desde un helicóptero, tiró un chanco a la pileta de un amigo.

En Estados Unidos, un árbitro fue apuñalado en la cabeza por un luchador de lucha libre en el medio de la pelea.

En Chubut autorizaron a una empresa canadiense a explotar 2500 hectáreas para extraer cosas de la tierra y llevarlas a cambio de puestos de trabajo.

No es de bien pensante, es solo que no tolero la ficción. Me adormece. Me anestesia. Y yo necesito estar despierta para ver si escucho algo. Quiero bailar. Sueño que bailo con mi nieto. Voy a ser abuela

dentro de poco. Va a ser un varón, pero soñé que era una nena y que le habían comprado unos aritos horribles y yo se los cambiaba. Eran tan feos. Grandotes, de oro, ordinarios, y yo se los cambiaba por unas perlititas chiquitas, sutiles, como me gustan a mí. Pesadillas no tengo porque nunca pienso que le van a pasar cosas feas a mis hijos. Me asustaba cuando el más chico viajaba, cuando hacía esos viajes raros de comunidades aborígenes o no sé cómo se le dice, con toda esa gente pobre, descalza pisando la tierra y esas cosas que le atraen a los pibes que piensan que van a cambiar el mundo. A mí que me importa. A mí me duele la panza. A mí se me revuelve el estómago. A mí me da fiebre todo el tiempo. Pero me la pasaba pensando en mi hijo cuando se iba y eso me hacía mal. Las mamás sufrimos mucho. No tenés idea lo que sufrimos las madres. Si tenía hambre, frío, si le pasaba algo malo, si lo violaban, pero no pienso más cosas feas. No soy negativa. No pienso que le va a pasar algo feo a la gente que quiero. Siempre pienso cosas buenas.

A mí me gustaría morirme como todo el mundo, durmiendo. No me gustaría morirme de madrugada en una terapia. Así se murió mi papá. Es horrible. Estuvo en coma diecisiete días, pero nunca supe si tuvo o no un momento de consciencia, si se despertó y levantó la vista y no vio a nadie alrededor. Yo no quiero estar en una terapia sabiendo que me estoy muriendo. Es una barbaridad lo que estoy diciendo, pero si me estoy muriendo me gustaría que haya un amigo, alguien ahí para que me facilite las cosas. No quiero que me vean enferma. Somos animales. Apagá la cámara, hijo de puta. Yo creo que uno debería tener la opción de poder elegir cuando ya no hay más nada que hacer. Si me llega a escuchar mi hijo. Para él debe ser terrible que yo hable así. A veces pienso en esas personas que están años en una cama, postradas. Yo soy de las que piensan que hay que luchar hasta el último minuto, pero cuando no queda nada... ¿Cuál es el sentido? Yo no se lo encuentro y creo que uno debería tener la opción de elegir. Mi papá era un fenómeno. Tenía debilidad por él. Nunca estuvo muy presente igual. Cuando tenía nueve años ya se había ido. Tenía problemas económicos. Recién a los quince años me trajo a vivir a capital. Era muy... no, no quiero hablar de mi papá. Ya hablé un montón y me parece suficiente por hoy. Ojalá viva muchos años más. No quiero sufrir. Yo tenía un amigo muy querido que tenía cáncer y en plena conciencia de sus facultades, cuando aún estaba bien y nos tomábamos un vinito juntos, me contó que ya había averiguado a dónde viajar para morir tranquilo cuando ya no haya más nada que hacer. Lo había hablado con su mujer y sus hijos y todos lo apoyaban en su decisión. Después eso no pasó porque se volvió a enfermar, estuvo muy mal, tan mal que dejó de disfrutar de las cosas que lo hacían feliz y de a poco se fue apagando. No lo vi el último tiempo, él no quería. Tenía vergüenza como yo, nos guardamos cuando nos duele. Nos retiramos para aliviarnos, para no ser una carga. Sabemos escondernos. Aprendemos a pasar desapercibidos. Elegimos los lugares tranquilos, silenciosos, oscuros. ¿Será que ya estaremos muertos y nadie nos dijo nada? Mi amigo no se murió como él quería. ¿Por qué cuesta tanto morir? ¿Será que las personas...

*Sobre el vidrio:*

*Está bien. Gracias.*

*Los obsequios les llegarán en unos días a sus domicilios.*

*Se pueden retirar.*

*NN intenta levantarse de la silla y se tropieza. Cae. Se vuelve a levantar. Se vuelve a caer. Saca una botella de su cartera. Toma. Mira alrededor. Se levanta. Se asoma por el vidrio. Hace visera con la mano.*

*Balbucea algo. Se vuelve a caer. Se cae la botella. Se rompe. Estallan los vidrios. NN se corta. Sangra. Se limpia con el buzo la frente. Se corta la cara. Saca otra botella de la cartera. Va hacia la silla. Se sienta. Se cae de costado. Toca todo lo que puede. Deja marcas de sangre en el piso, en la mesa, en el vaso sobre la mesa, en la silla, en la azucarera. Balbucea algo imperceptible. Se incorpora. Se sienta en la silla. Llorra. Se seca las lágrimas. Llorra. Se vuelve a secar las lágrimas. Toma. Saca una pila de portarretratos de una bolsa que lleva colgada en su mano. Los coloca en el espacio. Los mira. Cambia una foto por otra. Toma. Vuelve a tomar. Se hace pis encima. Se cae. Se golpea la frente. Sangra la frente. Un agujero en la frente. Se pone azúcar en la frente. Se tapa el agujero de la frente con azúcar. Se levanta. Recorre el lugar. Acomoda un portarretrato. Saca otra botella de la cartera y la revienta contra el vidrio. Cae el líquido y lo mira. Se sienta y toma. El joven se levanta de la silla y comienza a acomodar el espacio. Limpia todo. La limpia a NN. NN se deja limpiar. Le cambia la ropa. NN se deja cambiar la ropa. El joven le da agua a NN. El joven toma de la mano a NN y se sienta a su lado. Golpean la puerta.*

...

FIN

# A FORMA DO AFETO

LISANDRO RODRÍGUEZ

Tradução: LUCIANA DI LEONE

*Observação:*

*Nem os movimentos nem as palavras são definitivos. Este material não tem um valor literário, muito menos dramático. No máximo, serão apontamentos para não nos perdermos tanto, uma desculpa para nos encontrarmos presencialmente e ver o que acontece conosco.*

*Câmara Gesell.*

*Um jovem e NN.*

*Sobre o vidro:*

*Bom dia.*

*Podem começar.*

*NN caminha até a cadeira. Tropeça. Cai. Levanta novamente. Cai novamente. Tira uma garrafa da bolsa. Bebe. Olha em volta. Se levanta. Se apoia no vidro e olha através dele, faz uma viseira com a mão. Murmura alguma coisa. Cai novamente. A garrafa cai. Quebra. O vidro estralhaça. NN se corta. Sangra. Limpa a testa com o moletom. Tem cortes no rosto. Tira outra garrafa da bolsa. Vai até a cadeira. Senta. Cai de lado. Toca em todo o que consegue. Deixa marcas de sangue no chão, na mesa, no copo da mesa, na cadeira, no açucareiro. Murmura algo imperceptível. Se incorpora. Senta na cadeira. Chora. Seca suas lágrimas. Chora. Enxuga as lágrimas novamente. Bebe. Tira uma pilha de porta-retratos de uma bolsa que leva pendurada em sua mão. Os distribui no espaço. Olha para eles. Troca uma foto por outra. Bebe. Bebe novamente. Se mijá. Cai. Bate a testa. A testa sangra. Um buraco na testa. Coloca açúcar na testa. Cobre o buraco na testa com açúcar. Se levanta. Percorre o lugar. Ajeita um dos porta-retratos. Tira outra garrafa da bolsa e a arremesa contra o vidro. O líquido cai e o olha. Se senta e bebe. O jovem se levanta da cadeira e começa a arrumar o espaço. Limpa tudo. Limpa NN. NN se deixa limpar. Ele lhe troca as roupas. NN deixa que troquem a sua roupa. O jovem dá água a NN. O jovem pega NN pela mão e senta ao seu lado.*



NN: Não sei o que está acontecendo. Pode piorar. Internações, ambulâncias, cirurgias. Não sei se dois ou mais, eu acho. Não me lembro. E agora com o tratamento que parece dar os resultados esperados, mas nunca se sabe. É para sempre. Não pode largar de um dia para o outro. Se parar de funcionar, não sei se há mais alguma coisa que possa ser feita. Tenho a sorte de ter plano particular. Enfim, muitas vezes me deparei com situações que não facilitavam as coisas. Meu plano não tem convênios para meu caso. E graças a um amigo que intercedeu, consegui avançar, mas depois tive que mudar. Me levaram de um lado para o outro. É tudo muito caro. Não dá para escolher. Não deveria ser assim. Você deveria poder escolher e que o plano cubra. No meu caso, o plano sabia que todos os anos eu fazia todos os exames. Não foi negligência. Descobri o que tinha mas dois meses antes já tinha feito a extração das células e estava tudo bem. Então não foi negligência. Então não foi que peguei por um mosquito porque não passei repelente ou porque deixei um balde de água no jardim da minha casa ou porque não passei álcool nos tomates. É muito duro quando te falam: você está doente. E no plano eles falam assim tão fácil e depois tornam tudo difícil. E eu sempre confio muito. Sou de confiar por natureza. Mas eu não quero nem pensar nas pessoas que não têm onde se tratar, ou não conseguem cama, ou que não conhecem ninguém. E aqueles que não têm contatos próximos na privataria? Borges me disse uma vez: Faça o que eu faço porque é uma necessidade minha, e se não for, não faça. Estou falando de Borges. Não sei se você me entende. Mas a necessidade do cara era escrever, montar histórias, labirintos, sei lá; o cara não precisava ser curado, porque ele não estava doente. Tudo bem que ele estava ficando cego, mas estou te falando de outra coisa. Estar cego é estar cego, é cegueira pelos motivos que forem, mas isso é outra coisa. A coisa é não saber. Não saber te mata. Eles não me dizem porque eu estava sentada ao lado do cara. Olha essa foto? Vinte e três anos tinha. Aquele ano foi o ano em que botei meu pai para fora porque... não, prefiro não falar sobre isso. Ando com a foto de Borges porque senão as pessoas não acreditam. Ainda por cima, você tem que lutar contra a descredito das pessoas ao seu redor. É insuportável acreditar tanto, mas que ninguém acredite em você. Não brigo mais por isso. Eu mostro a foto. Coloco a prova em cima da mesa. Que te falem que você tem que estar ciente de que você pode morrer. Você pensa que está saudável e ai de repente é uma doente. Eles colocam um cartaz como se você fosse uma casa à venda. De qualquer forma, sou muito positiva. Comecei a pensar e investigar o quê fazer para me curar. Para continuar vivendo. Mas curar, curar, não se cura mais. Você pode melhorar, mas uma vez que eles colocam o cartaz, ai fica, impregnado. A sobrevivência dá uma energia. É uma luta. Vamos falar sobre violência. Nunca pensei na morte. Sempre pensei que seria uma velha como qualquer outra. Me ajudou muito acreditar em Deus, porque você precisa de alguma coisa onde se segurar. No meu caso foi Deus. Pedir para ele me ajudar, para me dar força. Uma das coisas que mais me ajudou naquele momento foi pensar: o que está acontecendo comigo é terrível, mas graças a Deus está acontecendo comigo e não com meus filhos. Não sei por que estou lhe contando tudo isso. Eu não poderia tolerar que isso acontecesse com eles. Eu vou conseguir aguentar, você pensa naquele momento. Depois, há momentos de não dar mais, que é demais, mas fazer o quê. Eu tenho memória ruim. Às vezes tento me lembrar das coisas, mas as esqueço. Eu não retenho bem. O hospital é uma prisão. Eu odeio a comida do hospital. Volto ao hospital e me sinto um tubarão, mas invertido. Não sei se você me entende. Todo aquele cheiro de sangue. Desenvolvi um olfato especial. Fico enjoada. Com vontade de fugir. Meus filhos e meu marido não acreditam em mim, dizem que estou exagerando. Eles são homens, por isso eles falam. Para me mortificar. Para mim é tudo horrível. Eles comem a comida. Lambem os beiços. E enquanto eles comem eu olho para eles e apesar de todo aquele cheiro de

sangue continuo pensando no futuro com eles, voltando ao trabalho. Eu sou atriz. Eu quero fazer um filme. Um papel pequeno, nada muito grande. Eu sou atriz além de doente. E sonho. Sonho com conhecer meus netos. Além disso, agora que tenho consciencia da morte, me sinto que estou com vantagem em termos de experiência e, além disso, já acho que vou viver muitos mais anos. Esse medo inicial passou. O medo também sofre mutações, assume outras formas. Tem que ter uma base. Eu sempre penso na base. Primeiro me disseram que havia um tratamento básico. Descargas e químicos, nada mais do que isso. Mas de base não há nada lá. A coisa era assim: são dois meses de descargas e quatro de aplicações de substâncias químicas, me disseram. Na primeira segunda-feira depois dos químicos, não consegui mais fumar. Fatal. Imagina. Se eu não fumar não posso ir ao banheiro, entende? Isso também é muito complicado. E depois das descargas, terapia interna. Você sabe o que é isso? Imagina. Eles entram pela vagina e daí começam. E eles fazem isso porque nós temos um túnel e lá eles fazem o que eles querem com você, é autorizado, então eu confio; e porque sempre foi possível trabalhar nesse lugar e ninguém fala nada. Quem os impede? Anos fazendo meus exames, para quê? Entram e se perdem, não sei se estou me fazendo entender. Você está morta, entregue, inconsciente, apenas confiando. Há 85% de chances de sucesso e 15% de chances de fracasso. Um mês depois fizeram uma tomografia, não deu certo. Eu sou do timedo 15 por cento. Quer dizer, eu falhei. Também não dá para generalizar. Não somos um número. Não somos uma porcentagem. Eles não podem nos separar em grupos como se fôssemos vacas. E enquanto isso lá atrás, na vitrine, você come um salgado com frescos. Somos sujeitos. Oi. Pensamos. Nos acontecem coisas. Você me pergunta o que tem nesta garrafa e eu não sei o que tem. Eu tomo. Tomo porque acho que tenho vontade, desejo. Porque você colocou na minha frente e eu vou e tomo. Eu confio que você não vai me matar com o que você colocou na minha frente. E se você me matar, de quem é a responsabilidade? Eu tomo porque eu tinha a necessidade de tomar ou porque você colocou na frente dos meus olhos? Quê importa? E, se eu quiser, eu leio o rótulo e posso saber mais ou menos o que tem. E, se eu quiser, não leio e não é por isso que você vai vir me estudar como se eu fosse um fenômeno. Faz o que você quiser. Estou nem ai. O quê têm as descargas eletromagnéticas? Com quais produtos lavam você? E as vacinas, as substâncias químicas, as luvas com que chegam ao fundo, onde está o rótulo frontal, seu filho da puta? Não se foder os seus bons modos. Não se foder os modos desta caixa registradora. Ninguém te diz nada. Você está com medo? Você acha que eu não tenho medo? Virei atriz por medo. Para achar uma forma, mas os personagens me afundaram. Colocar perucas, fazer vozes, inventar brigas. Não estou interessada em tudo isso. Felizmente não tenho raiva, não entendo isso de viver de ressentimentos. Tudo isso é verdade, é verdade, é sinistro. Não consigo inventar uma história. Eu tenho a minha. É suficiente. Fico com o telejornal. É menos pedante. A questão é que depois de tudo isso que eu te falei, eles recomendam a extirpação total, que é quando te esvaziam, ou seja, tiram tudo. Em novembro eles fizeram. Aí eu pensei, por que você não me mata, seu filho da puta? Mas não disse para ele porque confio nos médicos. Cinco dias depois, tenho alta. Depois de três dias em casa, peguei uma infecção e comecei a me sentir mal novamente. Olha: febre. Febre. Febre alta e vômitos, tontura e diarreia e embrulho e febre. Febre constante. Não muito alta, mas constante. Eu estava mal. Mal, mas muito mal. Eu caía. Estava de pé e caía. Eu estava na cozinha esquentando água e caía. Estava na cadeira lendo o jornal e caía. De lado, como se estivesse dormindo. Estar doente é como estar em uma caverna. Uma espécie de submarino. Estar pendente de algo invisível. Não pode tocar. Não pode falar com ele. Se eu pudesse olhá-lo no rosto, lhe dizer alguma coisa. É um sonho ruim. Aqui estou acordada. Ou seja. O equilíbrio não me

responde, mas estou. Eu deveria ser bailarina. A bailarina sabe lutar contra a gravidade, ela enfrenta esse conflito ali mesmo, no presente. Não monta ficção. É o conflito completo. A luta perfeita. A briga mais digna. Eu não tenho essas ferramentas. Eu fico aquém. Eu caio da cama, eu caio de dor. Mas uma dor que é assim, não sei explicar. Como se estivessem estrangulando seu estômago com uma linha de pesca. Era tão ruim que eu não conseguia nem falar de tanta dor. Agora eu falo. Eu falo o máximo que posso. Eu não tenho muito tempo, eu acho. É o tempo que eles me deram. Sou um resto. Não é bom pensar em si mesmo como resto. Também não há problema em se fazer de bobo. Eles me levaram de volta ao hospital. Fiquei lá um mês. Naquele mês... eu mal me lembro disso, mas fizeram de tudo comigo. Me fizeram lavagens, eu sentia que não paravam de me meter e me tirar coisas. Porque o corpo está cheio de coisas. A gente acha que não, mas tem de tudo dentro do corpo. E a capacidade que o corpo tem de receber, de braços abertos o corpo te recebe. Porque o corpo também confia. Colocamos qualquer coisa no corpo. Fizeram de tudo comigo. Um massacre. Passei o Natal no hospital e tive alta no dia 30 de dezembro. Os médicos me trouxeram de presente uma bugambilia branca em um vaso. Com um bambú no meio que servia de tutor. Sempre gostei disso do tutor nas plantas. Eu não tive tutor. A planta é linda. Ficava meio hipnotizada olhando para ela. No hospital você tem que sobreviver com a ilusão de se reunir com o sol. Por isso o que eu dizia da prisão. Aquela planta parecia um enfeite de mesa gigante. Maravilhosa. Bem do jeito que eu gosto. Como se fosse daqueles jardins onde os noivos tiram as fotos do casamento. Quando tive alta, cheguei em casa e plantei em um canto do jardim. Numa meia sombra. Você sabe que depois de dois dias todas as flores caíram. Ficou febril, a raiz, quando a transplantei. Uma raiva! Parece que é uma planta muito complicada e muito frágil. Eu não sabia. Achei que era uma praga que tinha entrado. Esses pulgões que falam. Depois descobri o da doença. Isso porque, na internação que tive alguns meses depois, caiu do meu lado um cara que tinha um viveiro e me contou. Que a raiz pega febre. Essas flores são muito putas, ele me disse, tem que ter cuidado. Muito putas, eu repetia. Como afirmando o que o cara estava dizendo. Eu matei a bugambilia de febre, entende? Eu também sou uma filha da puta como a planta. Foi o que pensei enquanto o homem do viveiro falava comigo. Pesava 45 quilos. Que tonta. Não acredito que isso me faz chorar. Será que nunca penso nisso? Obrigada. Aos poucos comeci a me sentir melhor, a me recuperar de tudo isso, então me fizeram um exame. Deu errado de novo. A doença estava lá. Não tinha sumido. Na casa do meu pai comíamos em silêncio. Tínhamos um teto de madeira. Lá tinha um grilo toupeira que estava comendo o teto. As vigas comia. E a lance era descobri-lo, tentar escutá-lo. Era quase inaudível. Nós nunca vimos o bicho. Eles vão comendo a madeira até ela não ter mais força e quebrar. Fica oca. Fica frágil. Tivemos que trocar tudo para que o telhado não caísse. Às vezes ouvíamos com mais nitidez, mas nunca o encontramos. Não deu as caras. Essa presença marcou minha infância. Eu ainda tinha células. Eles me disseram que devia descansar um pouco, que em março tinha que recomeçar com os químicos. Me sentia muito mal. Eu nunca quis morrer. Eu sou positiva. Eu sempre acho que tudo vai ser melhor. Confio muito nos médicos. Confio muito nas pessoas. Não sei se isso é bom. Eu me entrego como se nada. Dou tanto que às vezes fico com febre de tanta entrega. Os químicos são tremendos. Meu telhado não caiu. Cairam meus cílios e minhas sobrancelhas. A dignidade. Eu ando com vergonha. É por isso que eu me tranco. Eu sou como os animais. Meu marido atendia o telefone para mim porque eu estava com muita vergonha de falar. Não sei do que estou falando. Um dia eu estava tomando banho e fiquei com uma mecha de cabelo na mão. Odeio perucas, mas já tinha pesquisado. Nesse mesmo dia, saí do banho e fui à loja. Pedi para a moça que raspasse. Olhei no espelho e me veio

um jogo que jogamos com meu pai e pensei... não, prefiro não falar sobre isso. Naquele dia eu saí com a peruca. Todo mundo me dizia que ficava bem. O que eles iam me dizer? Eu sabia que ficava horrível. Usei porque não tinha outra opção. Quando terminei com os químicos e meu cabelo cresceu um pouquinho parei de usar. Em casa eu usava gorros de lã e tal. Eu não queria que meu marido me visse assim. Depois acostumei. Antes de tudo isso eu o amava. Imagina agora. Ele não disse nada, não se importou. No começo eu usava um lenço para dormir. Eu terminei com os químicos e depois de um mês eles fizeram uma tomografia e acabou que todos os químicos que tinham colocado no meu corpo também não funcionaram. Ai a médica me falou sobre terapia defensiva, e foi a primeira vez que perguntei a ela: vale a pena? Ah, pera ai, eu pulei uma parte. Não sei se é interessante contar tudo isso. Na internação essa longa que te falei, em uma dessas limpezas que me fizeram, me perfuraram... Essa cirurgia foi em 2018 e em 2019 tentaram me concertar mas não conseguiram, então tiveram que... não, não quero falar disso. Foi quando o homem do viveiro apareceu e me contou sobre a febre de buganbilia. No meio da cirurgia saíram para dizer ao meu marido e aos meus filhos que não podiam consertar o que tinham feito e que teriam que continuar me abrindo. A cirurgia durou horas. A certa altura, eles saíram para dizer que não, que a coisa era impossível, que eles tinham que me fazer isso de... desculpe. O mais velho, acho, disse ao médico: “Não, doutor, ela não pode suportar isso que vão fazer.” Então o médico perguntou aos outros dois, como procurando alguma cumplicidade ou apoio: “O que você quer fazer com sua mãe?” O que for, mas não a mate, disse o mais novo. Quando acordei, olhei para o médico. Eu amava muito aquele médico. O que fizeram comigo, doutor? Achei que não ia suportar... mas aqui estou eu. Eu confio muito nas pessoas. As mulheres se acostumam com tudo. Então comecei a terapia defensiva. Imaginei uma espécie de time de futebol com pouquíssimos recursos, mas defendendo o resultado até a morte. Não gosto de futebol, mas em casa eles são muito fãs de futebol e com o tempo aprendi conceitos. Imaginei todos os jogadores ocupando o gol inteiro sem deixar um único espaço livre para a balão entrar. Algo assim eu imaginava ou como se eu tivesse sonhando acordada. Não sei. Por enquanto estou melhor. A diferença entre terapia defensiva e terapia com substâncias químicas é que a defensiva fortalece as células boas para que possam lutar contra as ruins, enquanto a outra, a terapia com substâncias químicas, destrói tudo, vai acabando com o que aparecer. Não entendo porque não fizeram isso antes. Por exemplo,

Na Austrália, uma rajada de vento levantou um castelo inflável e cinco crianças morreram.

Na Itália, oferecem trabalho por seis mil euros por mês.

Em Rosário, um policial espancou um homem por estacionar a sua caminhonete de forma errada.

Em Belgrano, uma mulher disse “não me toque, sua preta nojenta” para outra policial.

Tudo isso no mesmo dia.

Não sei quanto custa tudo isso, mas é muito. A primeira operação eu tive que pagar e foi uma fortuna. Não me lembro exatamente, mas como se falasse do preço de dois carros zero. Bem, aquela cirurgia, o começo de tudo, não deu certo.

Em Punta del Este, um homem jogou um porco na piscina de um amigo desde um helicóptero.

Nos Estados Unidos, um juiz foi esfaqueado na cabeça por um lutador de luta livre no meio de uma luta.

Em Chubut, autorizaram uma empresa canadense a explorar 2.500 hectares para extrair coisas da terra e levá-las em troca de empregos.

Não é de pessoa sensata, é só que eu não tolero ficção. Me da sono. Me anestesia. E eu preciso estar acordada para ver se escuto alguma coisa. Quero dançar. Sonho que danço com meu neto. Vou ser avó

em breve. Vai ser menino, mas sonhei que era menina e que alguém tinha comprado uns brincos horríveis para ela e eu ia trocar. Eram muito feios. Grandes, dourados, ordinários, e eu trocava por umas pérolas minúsculas, sutis, do jeito que eu gosto. Não tenho pesadelos porque nunca acho que coisas ruins vão acontecer com meus filhos. Ficava com medo quando o mais novo viajava, quando fazia aquelas viagens estranhas às comunidades indígenas ou sei lá como se chama a essas pessoas pobres, que andam descalças pisando na terra, e aquelas coisas que atraem a garotada que acha que vai mudar o mundo. O que importa para mim? Minha barriga dói. Estou embrulhada. Febre o tempo todo. Mas só pensava no meu filho quando ele ia e isso me fazia mal. As mães sofremos muito. Você não faz ideia do que as mães sofrem. E se ele tiver fome, frio, se algo de ruim aconteceu com ele, se o estupraram, mas eu não pensó mais coisas feias. Eu não sou negativa. Eu não penso que algo ruim vai acontecer com as pessoas que eu amo. Sempre penso em coisas boas.

Eu gostaria de morrer como todo mundo, dormindo. Eu não gostaria de morrer de madrugada na UTI. Foi assim que meu pai morreu. É horrível. Ele ficou em coma por 17 dias, mas eu nunca soube se ele teve um momento de consciência ou não, se acordou e levantou os olhos e não viu ninguém por perto. Não quero estar na UTI sabendo que estou morrendo. O que estou dizendo é uma barbaridade, mas se estiver morrendo gostaria que houvesse um amigo, alguém para facilitar as coisas. Não quero que me vejam doente. Nós somos animais. Desligue a câmera seu filho da puta. Eu acho que cada um deveria ter a opção de poder escolher quando não há mais nada a fazer. Se meu filho me escutar... Deve ser terrível para ele que eu fale assim. Às vezes penso naquelas pessoas que passam anos na cama, prostradas. Eu sou daquelas que pensam que você tem que lutar até o último minuto, mas quando não tem mais nada... Qual é o sentido? Não consigo encontrá-lo e acho que a pessoa devia ter a opção de escolher. Meu pai era muito legal. Eu tinha um fraquinho por ele. Igual nunca foi muito presente. Quando tinha 9 anos ele já tinha ido embora. Teve problemas de dinheiro. Só quando eu tinha 15 anos ele me trouxe para morar na capital. Foi muito... não, eu não quero falar sobre meu pai. Eu já falei muito e acho que é suficiente por hoje. Espero viver muitos mais anos. Não quero sofrer. Eu tinha um amigo muito querido que tinha câncer e, plenamente consciente de suas faculdades, quando ainda estava bem e tomávamos uma taçinha de vinho juntos, ele me disse que já tinha pesquisado para onde viajar para morrer em paz quando não houvesse mais nada para fazer. Ele tinha discutido isso com sua esposa e seus filhos e todos o apoiaram em sua decisão. Depois isso não aconteceu porque ele ficou doente de novo, ficou muito mal, tanto que parou de gostar das coisas que o faziam feliz e aos poucos foi se apagando. Eu não consegui ver ele nos últimos tempos, ele não queria. Ficava envergonhado como eu, nos guardamos quando doi. Nos retiramos para sentir alívio, para não ser um peso. Sabemos nos esconder. Apre demos a pasar despercebidos. Escolhemos os lugares tranquilos, silenciosos, escuros. Será que já estamos mortos e ninguém nos disse nada? Meu amigo não morreu como ele queria. Por que é tão difícil morrer? Será que as pessoas...

*Sobre o vidro:*

*Está bem. Obrigado.*

*Os brindes vão chegar daqui a alguns dias nos seus endereços.*

*Podem se retirar.*

*NN tenta se levantar da cadeira e tropeça. Cai. Levanta novamente. Cai novamente. Tira uma garrafa da bolsa. Bebe. Olha em volta. Se levanta. Se apoia olhando através do vidro, faz uma viseira com a mão. Balbuceia alguma coisa. Cai novamente. A garrafa cai. Quebra. O vidro estralhaça. NN se corta. Sangra. Limpa a testa com o moletom. Tem cortes no rosto. Tira outra garrafa da bolsa. Vai até a cadeira. Senta. Cai de lado. Toca em todo o que puder. Deixa marcas de sangue no chão, na mesa, no copo da mesa, na cadeira, no açucareiro. Murmura algo imperceptível. Se incorpora. Senta na cadeira. Chora. Seca suas lágrimas. Chora. Enxuga as lágrimas novamente. Bebe. Tira uma pilha de porta-retratos de uma bolsa que leva pendurada em sua mão. Os coloca no espaço. Olha para eles. Troca uma foto por outra. Bebe. Bebe novamente. Se mijá. Cai. Bate a testa. A testa sangra. Um buraco na testa. Coloca açúcar na testa. Cobre o buraco na testa com açúcar. Se levanta. Percorre o lugar. Ajeita um dos portarretratos. Tira outra garrafa da bolsa e a arremesa contra o vidro. O líquido cai e o olha. Se senta e bebe. O jovem se levanta da cadeira e começa a arrumar o espaço. Limpa tudo. Limpa NN. NN se deixa limpar. Ele lhe troca as roupas. NN deixa que troquem a sua roupa. O jovem dá água a NN. O jovem pega NN pela mão e senta ao seu lado. Batem à porta.*

...

FIM